

7º. Ascensión. Año B

Lectio divina sobre Mc 16, 15-20

Este final del evangelio de Marcos es un compendio de motivos de diversa procedencia. El párrafo elegido insiste en la responsabilidad misionera de los creyentes: tal fue la postrema orden, el testamento, de Jesús Resucitado antes de su desaparición. Recordarlo hoy, como Palabra de Dios, ha de hacernos caer en la cuenta de que no hay otro modo legítimo de celebrar el señorío de Jesús más que evangelizando el mundo: el seguidor de Cristo intenta hacer cristiano su mundo y su corazón; mientras se esté ocupando en llevarlo al mundo, llevándolo en el corazón, los discípulos presentarán a su Señor a su lado y verán, para su sorpresa, que son capaces de repetir idénticos prodigios. Para representar al Señor que se echa en falta, bastará ponerse a predicarlo. Para no sentirse solo, confinado, en este mundo, habrá que recorrerlo hasta sus límites con el evangelio como único tema. El evangelio, si predicado, salva al cristiano de su soledad y le confiere poderes insospechables: no hay razón para quejarse por la supuesta lejanía de Dios, a no ser que se ha abandonado ya la tarea de proclamarlo Señor.

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo:

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.

El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado.

A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño.

Impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos.»

Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios.

Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El final canónico del evangelio de Marcos (Mc 16,9-20) presenta una problemática única dentro del NT. Parece fuera de duda, que el texto original acababa con Mc 16,8; es cuanto atestiguan los mejores manuscritos, desde el siglo IV. Ello no obstante, Mc 16,9-20 fue considerado texto inspirado desde antiguo, y como tal confirmado en Trento.

En su origen, Mc 16,9-20 fue, probablemente, una narración añadida al evangelio a finales del siglo I, que se crearía para poner un final más digno que el primitivo, donde el miedo de las mujeres silenciaba el testimonio angélico de la resurrección de Jesús (Mc 16,8). El texto, un sumario, reúne tradiciones aisladas sobre la experiencia pascual, que, ya estaban ya en los otros evangelios. Busca, al parecer, armonizar los diversos relatos pascales antes, incluso, de que estos encontraran lugar en los relatos evangélicos.

El relato presenta dos partes: las apariciones sucesivas del Resucitado (Mc 16,9-14) y su último discurso, un discurso de envío (Mc 16,15-20). Con todo, se trata de un único episodio, en el que la misión de los discípulos se enraiza en la experiencia pascual, algo que refleja bien la convicción cristiana fundamental. Decisivo es, pues, que de la aparición nace la misión: son enviados aquellos que pudieron encontrarse con el Resucitado.

La aparición tiene, pues, como contenido el envío al mundo (cf. Lc 24,46-47; Mt 28,16-20). No está el encuentro finalizado en sus protagonistas: el Resucitado volverá a Dios (Mc 16,19); los suyos, al mundo creado (Mc 16,20). La evangelización ha de alcanzar la entera creación. Envío y límites son impuestos por el Resucitado: ahora el evangelio (Mc 1,1) pertenece al mundo, no ya sólo a Galilea (Mc 1,14). Los testigos se convierten en apóstoles del Resucitado. Y su misión al mundo es el 'primer' ejercicio de soberanía universal que realiza el Señor.

Que la evangelización no es pasatiempo, queda de manifiesto por cuanto produce su aceptación o el rechazo: salvación o perdición. El Resucitado cuenta con que la misión no será un éxito completo; el evangelio provoca fe o incredulidad. Aunque la sentencia refleje ya la praxis cristiana, al hablar de fe y bautismo, es significativo que haga depender la salvación de la respuesta que se dé al evangelio. A la fe sigue el bautismo, a la incredulidad la condena: la conversión es una oportunidad que ha de ser aprovechada cuando es ofrecido el evangelio. La evangelización provoca una decisión personal. La misión fue llevada a cabo por hombres que sabían lo que se estaba jugando: la oferta se hace a todos, pero que se salven dependerá de la reacción del oyente.

A cuantos crean, y no exclusivamente a cuantos prediquen (cf. Mc 6,7-13), acompañarán signos evidentes de la salvación realizada. Son posteriores a la fe, sus pruebas, no sus condiciones: son signos que caracterizan la existencia del cristiano o, mejor, la soberanía de Cristo, bajo la cual se pone quien acepta el evangelio. Los cinco enumerados fueron típicos de la existencia cristiana en sus orígenes (Hch 2,11; 28,3-6; Lc 10,9). No hay que reparar tanto en su naturaleza portentosa cuanto en que son efecto de la fe vivida, posibilidades del creyente (cf. Mt 17,20). La fe debe afrontar peligros ciertos con la certeza de superarlos.

Como acto final, y coincidiendo con el relato lucano (Lc 24,50; Hch 1,12), se narra la ascensión del Resucitado: ante del inicio de la obligada misión y tras dar por terminadas las apariciones el Señor Jesús sube al cielo. Quien está al origen de la

misión eclesial se sienta, soberano, junto a Dios, entronizado como hijo (Sal 110,1). Los enviados lo son, pues, del Señor Jesús, investido ya de todo poder junto a Dios. A la salida del mundo de su Señor, reaccionan sus testigos saliendo al mundo: la misión es la ocupación eclesial mientras Cristo ocupe la derecha de Dios (cf. Mt 28,20). La comunidad misionera cuenta con la eficacia soberana de su Señor que es visible en los signos que realiza y en la fundamentación de la palabra que produce. La misión está vista, pues, desde la perspectiva del Resucitado: es él quien la origina, la acompaña y le da eficacia. Encontrarse con el Resucitado ha convertido a discípulos incrédulos en eficaces lugartenientes del Señor Jesús.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Hoy el evangelio nos ha presentado los últimos recuerdos que los discípulos conservaron de Jesús: la escena nos describe su despedida, el abandono de nuestro mundo y su retorno al mundo de Dios. Como toda despedida, por triunfal que nos la imaginemos, - y la despedida de Jesús fue todo un triunfo -, la ascensión a los cielos tuvo que ser para los que se quedaban en tierra una experiencia agrídulce. Y es que, viéndole subir al cielo, sabían estar perdiéndole definitivamente de vista. El tiempo de convivencia con él había llegado a su fin, sin que ellos pudieran hacer nada en contra. Jesús convivía ahora con Dios, sentado a su derecha, cierto, pero ya no podían ellos convivir con su Señor ni sentarse a su lado. Supieron que podían contar con su ayuda constante y poderosa, pues se encontraba ya gozando de Dios y ejerciendo su poder; pero tuvieron que empezar a aprender a vivir sin tenerle con ellos, al alcance de su vista y de su corazón.

Su situación entonces es la nuestra hoy: también nosotros que hoy confesamos que Cristo Jesús subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, vivimos entre el gozo de tenerlo como abogado junto a Dios y el temor de que se mantenga algo alejado de nuestro mundo y de nuestras preocupaciones. Saberlo a la derecha de Dios nos impide tenerlo al alcance de nuestras manos. Que estemos seguros de tenerlo en el cielo, junto a Dios, no nos resarce totalmente de una pérdida que nos hace sentirnos un poco perdidos en nuestro mundo de hoy. Seguimos experimentando la misma sensación de orfandad que empezaron a sentir aquellos hombres al ver que Jesús se les iba al cielo.

Vivimos los cristianos, aunque no nos percatemos de ello, esa situación de aquellos primeros discípulos, quienes no se habían recuperado aún de su sorpresa al ver a Cristo Resucitado cuando tuvieron que afrontar su desaparición física. ¡Poco gozaron los discípulos de la presencia de su Señor! ¡cuarenta días les duró en su compañía! A la resurrección de entre los muertos siguió la ascensión a los cielos. Y desde hace ya casi dos mil años, Jesús está sentado junto a Dios y los discípulos viven en la tierra su ausencia. Tal es el destino de los discípulos de Cristo en el mundo: vivir sin ver a Cristo en su alrededor, en su mundo, en su corazón. Como bien aprendieron los que le vieron alejarse, cualquier nube es capaz de entenebrece la visión al discípulo y su existencia: ¿o no es verdad que cualquier obstáculo, por insignificante y pasajero que sea, puede ocultarnos a nuestro Señor y separarnos de él? Hoy como ayer, cualquier nubecilla es capaz de quitárnoslo de la vista y del corazón; cualquier pena o dificultad nos hace sentirnos huérfanos de Jesús, sin él, abandonados a nuestra (mala) suerte.

Y sin embargo Cristo no nos dejó totalmente solos, puesto que nos dejó bien atareados; no nos ha abandonado, ya que nos dejó un importante quehacer, un deseo por cumplir, su testamento: sus últimas palabras encierran, en efecto, su última voluntad: *id al mundo entero y proclamad el Evangelio*¹. Para ayudarnos a recordarle en su ausencia, para obligarnos a superar nuestro desaliento, para ocuparnos mientras él se preocupa de nosotros junto al Padre, nos dejó mandado que le predicáramos por el mundo, que llenáramos con nuestras palabras el vacío que dejó en el mundo con su marcha. Nos ha impuesto el tenerle en nuestros pensamientos y en nuestros labios, hasta que lo podamos tenerlo, de nuevo y para siempre, entre las manos; teniendo que estar ausente, no quiere ser olvidado; alejándose físicamente, desea que lo deseemos; sin poder hablarle con él directamente, tendremos que hablar de él constantemente. Que nos haya dejado, no significa que nos haya abandonado: está junto a Dios intercediendo por nosotros, mientras, y en el caso siempre de que, nosotros nos dedicamos a anunciarle.

Y por eso nos manda a nosotros, que le sabemos junto a Dios, que se lo recordemos al mundo. No hay tiempo, pues, para lamentaciones: no se trata de que no debamos sentir la ausencia de Dios o que no nos deba apenar su aparente lejanía de nuestro mundo; seguramente nos debería pesar un poco más ver nuestra sociedad, y nuestros corazones, tan distantes de él. Pero debemos darnos cuenta de que esta situación no es totalmente nueva: en esta situación hemos nacido los cristianos; la iglesia ha surgido, precisamente, para recordar al mundo que la ausencia de Cristo es sólo momentánea, que vendrá de nuevo, que está junto a Dios velando por quienes lo recuerdan, le echan de menos y le esperan. Cuanto más le echamos en falta, - y no hace falta mucho esfuerzo para conseguirlo -, más desearemos hablar de él a los que lo dan por perdido: el mundo ha de saber que Cristo vive, que él vendrá, que está junto a Dios; y nosotros estamos en él para decírselo. Para eso nos dejó Jesús y nos lo dejó mandado: si no respetamos su última voluntad, si silenciamos el evangelio, el mundo creará haber perdido a Dios. Y a nosotros, los creyentes, se nos hará cada día más difícil vivir en un mundo huérfano de Cristo.

Ahora bien, para que nuestra predicación sea fehaciente, para que logre convencer al mundo de que Dios no lo ha abandonado, es preciso que nuestras palabras vayan seguidas de hechos, que nuestra predicación sea ante todo compromiso personal con el mundo, que nosotros no lo abandonemos ni huyamos de él: a los que crean, les acompañarán signos, prometió Jesús. Y nuestro mundo está esperando de nosotros esos signos, para no tener que desesperar de Dios; está esperando que la promesa de Jesús se realice y que quienes le hablamos de Dios, se lo hagamos visible en nuestra forma de vivir.

Hoy no es significativa una vida que no viva haciendo aquello que dice creer: creer que el mal ha sido vencido impone afrontarlo de cara, sin miedo a sucumbir bajo su peso y luchando por vencerlo de raíz; afirmar que si Jesús se nos ha ido de este mundo es para cuidarse mejor de él, estando como ésta junto a Dios, implica la obligación de cuidarnos de este mundo para que se pueda ver en nuestro esfuerzo la preocupación de Dios. Y es que viviendo desinteresados del mundo, insensibles ante el mal que hay en él, silenciosos ante el silencio de Dios que hoy impera, sólo porque no nos ha alcanzado todavía o porque creemos que Dios nos libraré de él pronto, los creyentes no podemos convencer a nuestros contemporáneos de que Dios se esté interesando por ellos, tanto como para habernos dejado a nosotros encargados de luchar en su ausencia y en su lugar contra esos males.

Sólo si así lo hacemos, si vivimos dando al mundo signos de la bondad de Dios, los creyentes representaremos fehacientemente a nuestro Dios, haremos que su ausencia no sea tan pesada y adelantaremos el día de su venida. Y mientras tanto, como ya supieron los primeros cristianos, mientras proclamemos el evangelios por todas partes, sentiremos la presencia del Señor que actuará con nosotros y por medio nuestro, que confirmará nuestras palabras con los gestos que predijo. Sólo se siente huérfano de Jesús quien no lo predica como él quiere: porque todo el que da testimonio de él con la vida y su lucha diaria contra el mal, se siente confortado por la compañía de Jesús y la eficacia de su poder. El mundo no ha sido abandonado por Jesús Resucitado: lo estamos abandonando aquellos que, aun creyendo que Jesús ha subido a los cielos, nos estamos desinteresando de las cosas de este mundo. Cristo Jesús nos necesita para hacerse presente hoy entre los nuestros y en nuestro mundo. Jesús, nuestro Señor, no ha dejado solo el mundo; nos ha dejado en él para que se le siga celebrando y sirviendo como Señor; quienes de entre nosotros se dediquen a ello con toda el alma, sabrán que cuentan, junto a Dios, con el mejor abogado e intercesor.